

sería una voluntad colectiva, en cuyo seno subsistieran las unidades volitivas; y esta conclusión se encuentra justificada por los datos de la experiencia. La experiencia, en efecto, nos muestra en la familia, en la tribu, en la sociedad, otros tantos grupos de voluntades individuales, asociados por el comercio de acciones recíprocas, y llegando así á formar cada una de ellas un todo. Cada unidad de éstas ocupa su grado de una escala, en que, desde el individuo á la nación, y desde la nación al conjunto del mundo civilizado, las esferas de las unidades volitivas van siendo cada vez más comprensivas.

Esta escala, tal y como aparece en la experiencia, se detiene en el último peldaño; pero la razón no puede detenerse aquí. El principio de razón suficiente nos obliga á proseguir idealmente la serie más allá de la experiencia, en dos direcciones; esta serie ideal partirá de la voluntad pura de que hemos hablado ya, y terminará en una voluntad total de la humanidad, en donde habrán de unirse todas las voluntades para la consecución consciente de sus fines. Ciertamente semejante *humanidad ideal* futura no es un hecho, sino una presuposición de la experiencia; pero no por esto deja de ser el término hacia el cual se dirigen y deben dirigirse todas las voluntades humanas en su evolución; las cuales van progresivamente aproximándose á este término, pero sin jamás llegar á él.

La idea de totalidad espiritual posee, pues, á diferencia de otras ideas transcendentales, una

importancia práctica de orden moral, dado que ella constituye la regla de nuestras acciones.

El *regreso psicológico individual* nos ha conducido á un yo, llamémoslo así, como voluntad pura, ¿cómo ahora, este yo así concebido llega á ser representativo? La representación no es, con igual título que la voluntad, un hecho primitivo; alterna con los actos de la voluntad, á la vez que reúne las individualidades volitivas en voluntades colectivas (1).

El lenguaje es, de hecho, un lazo de unión entre los individuos y el medio natural por el que llegan éstos á constituir una voluntad común. Y cuando la voluntad individual entra en relación con las demás unidades volitivas, y por el hecho de su participación en la totalidad de las inteligencias, entonces pasa aquélla á ser representativa y concreta (2).

Volvamos por un momento á la evolución moral de las voluntades. ¿Cuál es el resorte de su tendencia hacia un término ideal, hacia la humanidad futura? La voluntad posee una capacidad ilimitada; la humanidad ideal será, por el contrario, forzosamente limitada en el espacio y

(1) «Puesto que el *regresus* psicológico individual, el cual nos ha dado la pura voluntad como última condición del individuo, debe aplicarse á todos los elementos que constituyen una colectividad espiritual, la representación aparece, no ya como un dato primitivo, sino como un producto de la pluralidad de voluntades; sea que la acción recíproca, interviniendo entre las voluntades, produzca la representación, ó sea que los elementos volitivos se sirvan de ella como de un medio para formar unidades volitivas superiores.»—*System*, § 403.

(2) *System*, § 397 403.



en el tiempo; ¿dónde encontrar, en tal caso, la razón de ser de este término ideal y del movimiento hacia él? La humanidad ideal es impulsada como por una fuerza necesaria, dice Wundt, hacia una idea transcendental complementaria: esta idea es *la idea de Dios*, de un ser incognoscible, perfecto, infinito, del cual depende necesariamente la humanidad ideal. Y por lo mismo que ésta jamás podrá responder á nuestras exigencias de una totalidad infinita, la reemplazamos por la idea de un Dios infinito, razón suprema de este ideal. De este modo, la idea moral encuentra tener su complemento lógico en la idea religiosa (1).

¿Cuál es el resultado del método *regresivo*, que anteriormente hemos aplicado á la *psicología*? ¿Á qué resultados conduce el mismo método en *cosmología*, y cómo se armonizan unos y otros? La regresión *psicológica*, de una parte, nos ha conducido á la idea de una *apercepción* transcendental, voluntad pura, y vacía de objetos, pero condición última indispensable de toda experiencia interna. De otra, la regresión *cosmológica* en el sistema nos ha llevado á la idea de una totalidad infinita de unidades últimas, sin poder, por otra parte, determinar el ser propio, material ó espiritual, de estas unidades (2).

¿Hemos de dejar subsistir estos dos resulta-

(1) *System*, § 403-406.

(2) Estas unidades son el átomo material ó el punto matemático, según el punto de vista desde donde se los considere.—*System*. § 207, n. 363-464.

dos paralelos?—Esto equivaldría á admitir un dualismo, que pugna con nuestra tendencia natural y primitiva á la unidad, además de que trae consigo dificultades insolubles. Luego se impone la unificación de los mismos, que podrá verificarse, ó representando toda la realidad bajo la forma de experiencia *interna*, y éste será el idealismo, ó bajo la forma de experiencia *externa*, que será la tesis *materialista*; fuera de estas dos hipótesis, cualesquiera otras que puedan proponerse son formas puramente imaginarias, cuya realidad no tiene garantía alguna en la experiencia.

¿A cuál de las dos hemos de atenernos?—Cuando hemos distinguido los dos puntos de vista, cosmológico y psicológico, ¿qué criterio nos ha guiado? ¿acaso la experiencia?—No, con esta Wundt; porque el contenido de la experiencia inmediata no nos ha presentado nunca un objeto sin que de algún modo fuera también incluido el sujeto, ni un acto de conciencia sin objeto representado. La distinción de los dos puntos de vista era, pues, el fruto de una abstracción; por consiguiente, no podemos detenernos aquí, como si éste fuera el término definitivo de nuestros análisis (1). El dato primitivo es uno, y la intuición (*Wahrnehmung*) le percibe como tal; el entendimiento (*Verstand*) ha separado en

(1) «Esta oposición entre lo espiritual y lo material, puede sin duda servir transitoriamente de concepto auxiliar á la psicología empírica, pero no puede tomarse como fundamento último de los fenómenos reales.» *System*, S. 560.



él el aspecto subjetivo, la voluntad y la impresión, del aspecto objetivo, el concepto. La razón (Vernunft) ha continuado hasta donde le ha sido posible las dos series, subjetiva y objetiva, una vez dissociadas por el acto abstractivo del entendimiento. En este punto encontramos que los resultados de las dos regresiones nos llevan al dualismo, como índice de la disociación operada al principio por el entendimiento; y esto nos hace comprender al mismo tiempo la necesidad de resolver este dualismo en una unidad final.

Del mismo modo, siendo la «apercepción» transcendental voluntad pura, falta de contenido, es necesario llenar este vacío por medio de objetos, y buscar la relación que pueda tener con ellos. A su vez, las unidades, á que nos ha llevado el «regreso» cosmológico, tienen necesidad de ser determinadas. Como consecuencia de todo, el dualismo de las dos series paralelas debe desaparecer.

¿Cuál deberá ser la *unidad ontológica* superior, destinada á suprimir este dualismo?—Esta unidad ha de ser, según Wundt, la *actividad volitiva*. En efecto, el término de la regresión psicológica, que consiste en la voluntad pura, es pura actividad. Pero esta voluntad pura llega á ser representativa, y en toda representación hay un elemento de pasividad; debe haber, por consiguiente, una causa activa, que explique la pasividad de nuestros estados representativos. Por otra parte, fuera del sujeto, no hay en la representación más que el objeto; luego los ob-

jetos deben ser *activos*. Esta actividad es la de *querer*; porque no conocemos otra actividad que la *voluntad*; de donde se sigue que si los objetos son *actividad*, son por lo mismo *voluntad*.

El objeto es, en conclusión, una *unidad volitiva*, y el cosmos la *totalidad de unidades volitivas*. Los cambios de acciones entre las unidades volitivas, dan origen á las representaciones, y así es como las unidades volitivas pasan á la categoría de seres representativos (1). *El mundo*, escribe Wundt, *es la totalidad de las actividades volitivas, que se determinan unas á otras mediante la actividad representativa, ordenándose así en una evolución seriada de unidades volitivas, de grados diferentes* (2).

El universo es, según esta definición, una serie escalonada de seres conscientes. «La naturaleza material, al decir de Wundt, es el primer grado del espíritu.» (Die Natur ist Vorstufe des Geistes.)

Esta totalidad de unidades volitivas trae á la memoria la *monadología* de Leibniz. En una y otra teoría aparecen los seres conscientes, concebidos sobre el modelo del yo; en ambas hay, por contraposición al panteísmo de Schopenhauer, multiplicidad de elementos. Wundt, sin embargo, se resiste á dar el nombre de mónadas á sus unidades volitivas; porque la mónada

(1) *System*, § S. 4074-20.

(2) *Ibid.*, S. 421.



de Leibniz y de Herbart es una *substancia* dotada de actividad; y la unidad volitiva, el fondo último del sér, no puede ser una *substancia*.

El carácter esencial de la *substancia* es, en efecto, la permanencia; el espíritu concibe el *objeto* separado del acto subjetivo que le presenta á la conciencia, este *objeto*, aislado de la actividad consciente, posee una constancia relativa; pero puede extender este concepto á un objeto puro, que posea una constancia absoluta: este objeto puro es la *substancia*. Ahora bien: el primer fondo del sér no se concibe más que como actividad, como *querer*; luego es contradictorio el concebirle como inerte y permanente, es decir, como *substancia*. Por consiguiente, de ningún modo pueden confundirse las unidades volitivas con las mónadas substanciales de Leibniz y de Herbart, aunque á éstas se las considerase, por otra parte, dotadas de actividad (1).

De este análisis minucioso de las ideas de Wundt, ¿cuáles son, respecto á la cuestión que nos interesa, las conclusiones generales que deben deducirse?—Wundt, á pesar de todo, permanece siempre enredado en las mallas del *idealismo*; no ha sabido romper las trabas de la crítica kantiana, ni desprenderse con decisión del *agnosticismo metafísico* del filósofo de Königsberg; pero mantiene, sin embargo, la *realidad* de los datos de la experiencia, y sostiene contra Kant,

(1) *System*, S. 427-429.

que «la *cosa en sí* no es hipotética, en el sentido de que todo cuanto en ella se contiene deba ponerse en duda; es hipotética en el sentido de que, mientras algunos de sus elementos son conocidos por encima de toda duda, dependen otros del desenvolvimiento indefinido del conocimiento humano» (1).

Los problemas transcendentales de la cosmología, de la psicología y de la ontología no son susceptibles, al decir de Wundt, de soluciones científicas que procedan del entendimiento. No son, sin embargo, semejantes problemas enigmas indescifrables; podemos, en efecto, apoyados sobre el principio de razón suficiente, enlazar las ideas transcendentales con los datos de la experiencia. Si, pues, Wundt permanece fiel al subjetivismo, no es incondicional esta sumisión, puesto que sus más elevadas especulaciones se unen, y esta es su preocupación constante, á los datos más firmes de la experiencia (2).

El examen atento de la complejidad del contenido de la experiencia, le hace comprender lo que hay de arbitrario en el *intelectualismo* exclusivo de muchos psicólogos, y reivindica para la voluntad la supremacía en la vida consciente, lo cual le arrastra al exclusivismo en

(1) *Logik*, 1ter Bd. 2te Aufl. S. 547.

(2) VOLKELT, Profesor en la Universidad de Leipzig, no duda en invocar la autoridad de Wundt para reivindicar contra el idealismo reinante la posibilidad de la metafísica. (Véase VOLKELT, *Erfahrung und Denken*, Hamburg, L. Voss, 1886, S. 538.)



sentido contrario. Al intelectualismo, que combate por exclusivista, sustituye un voluntarismo metafísico tan extremado, y tan en desacuerdo como aquél con las informaciones reales de la conciencia.

Por lo demás, la construcción metafísica del filósofo de Leipzig encierra no pocas incoherencias. No nos detendremos á discutir y analizar cada una de sus partes (1); sin embargo, algunas reflexiones generales son necesarias. Y en primer lugar, ¿cómo puede concebirse que las voluntades puras, vacías de objeto, obren unas sobre otras? ¿Cómo concebir que la reciprocidad de acciones puramente volitivas sea razón suficiente del origen de las representaciones? Diga lo que quiera Wundt, esta aptitud representativa, que sale espontáneamente de una actividad nada más que volitiva, se parece en todo á una creación *ex nihilo*. En la filosofía de Wundt, además, el *objeto* de la representación significa unas veces el término *ideal* de la representación, y otras una *cosa de la naturaleza*, según las exigencias del sistema. Cuando habla de la representación, el *objeto* es fruto de un acto abstractivo del entendimiento, que separa en el conocimiento la impresión subjetiva y el término de la representación; de consiguiente, el objeto sólo posee existencia *ideal*. Pero, cuando tiene necesidad de explicar el paso de la voluntad, de

(1) Muchas partes del sistema han sido examinadas por GUTBERLET, *Philosophisches Jahrbuch*, 1891, *Wundt's System der Philosophie*, S. 281, 341.

la condición de voluntad pura á la de un sujeto con aptitud representativa, toma entonces el objeto por una cosa *real*, encargado de obrar sobre la voluntad. ¿Cómo es posible coordinar estas dos maneras de concebir el objeto? Y, sin embargo, en esta confusión se funda principalmente el *monismo* de Wundt.

¿Cómo conciliar, por último, el rigor lógico atribuido por él á las deducciones trascendentales, partiendo de las informaciones de la experiencia, con la tesis de que las ideas de la razón no pueden ser objeto de *demonstración* propiamente dicha?

Los últimos capítulos de los *Principios de psicología fisiológica* tienen por objeto examinar las teorías opuestas del *materialismo* y del *espiritualismo*, entendido éste como lo conciben los psicólogos cartesianos. Ninguna de estas dos teorías —dice Wundt—resiste al análisis. El *materialismo* desconoce el derecho de prioridad de la conciencia sobre la experiencia externa, y quisiera establecer entre los fenómenos conscientes y los procesos nerviosos una identificación, que en absoluto es incomprensible. El *espiritualismo cartesiano* tiene como base dos equívocos: de la *unidad* propia de los fenómenos conscientes, pretende deducir la *simplicidad* del principio en donde se originan; es además impotente para explicar la acción recíproca del cuerpo y del espíritu; puesto que en lugar de afirmar entre uno y otro un lazo común que haga posible su mu-



tua dependencia, establece entre los dos un antagonismo irreductible.

Si Wundt hubiera podido desprenderse de sus prejuicios idealistas y positivistas, y de la falsa noción de *substancia* aprendida de Kant, siguiendo libremente la dirección que le señalaban sus experiencias y análisis personales, habría llegado á hacer suyas las teorías fundamentales de la psicología de Aristóteles. No hubiera colocado el carácter esencial y distintivo de lo psíquico en la conciencia; y habría aceptado, con toda la importancia que tiene en Aristóteles y entre los escolásticos, la noción que considera el *alma* como «la primera *entelequia* del cuerpo viviente». Y el alma, así concebida, aparecería con toda verdad, como «el concepto empírico de que siempre hemos de servirnos, para construir realmente y con éxito seguro la psicología empírica, y no especulaciones estériles» (1).

He aquí la conclusión última de los *Principios de psicología fisiológica*: «No podemos desconocer que el animismo—es decir, la antropología que define el alma, «el principio de la vida»—se presta, mejor que las demás teorías psicológicas, á tener en cuenta los hechos de experiencia, y á referir por esto mismo los fenómenos conscientes á las manifestaciones generales de la vida.

»Todo análisis psicológico conduce á recono-

(1) *System*., etc., S. 389.

cer la solidaridad de los dos órdenes de procesos, psíquicos y físicos; lo cual demuestra que el desenvolvimiento de la vida psicológica tiene por base necesaria la vida física. No obstante esto, el animismo no puede ser tenido como solución definitiva de los problemas de la vida. Para que pudiera aceptarse como tal, no basta que esté de acuerdo con la experiencia, sería además necesario que respondiese á las objeciones criteriológicas, á que ni el materialismo ni el espiritualismo, en sus formas históricas, pueden contestar» (1).

Según se ve, la psicología de Wundt se halla compenetrada por el idealismo agnóstico, en el cual han caído todos los sistemas procedentes de la psicología cartesiana; pero representa una reacción contra el antagonismo que ésta había establecido entre la filosofía de la materia y la del espíritu; ha inaugurado además un movimiento de ideas, que favorecerá la restauración de la finalidad inmanente en el seno de la naturaleza; y, en el terreno de la psicología, contribuirá á rehabilitar las tesis metafísicas de la antropología aristotélica y escolástica.

(1) *Grundzüge der phys. Psych.*, II, 4te, Anfl., cap. 23, S. 633.